

~2003~

Franco se acercaba a Iván, le tocaba la espalda debajo de la remera y bromeaba. Otras veces le acariciaba el brazo, quebraba la mano y decía, con una desvergonzada voz femenina “¿Venís a mi casa más tarde Iván?”. Todos en el colegio sabíamos que Iván era raro, distinto, pero intentábamos hacerle un lugar. No era amigo de nadie, pero a la vez nos era útil a todos. En la primaria nadie le prestaba mucha atención, era prolijo y silencioso. Fue en la secundaria cuando comenzó a destacarse por su inteligencia. El grupo le hacía bromas diarias y a pesar de eso, en cada examen nos pasaba sus carpetas, se acordaba de las entregas y nos dejaba copiarle. Parecía aguantar, con una insoslayable tenacidad, cada insulto, cada desdén e imitación de su voz y maneras.

Algo era distinto cuando Franco lo molestaba. Nos asustaba un poco o quizás sólo a mí. El juego que se daba era prácticamente erótico. A veces, cuando Iván se apoyaba en los escritorios y estaba hablando conmigo, Franco aparecía por detrás y le apoyaba la entrepierna, tomándolo por la cintura. En los vestuarios, cuando nos bañábamos, Franco robaba de la ducha los calzoncillos de Iván, y corría por las habitaciones aledañas, abarrotadas de bancos y muebles abandonados.

Recuerdo el día en que empecé a mirarlos. Teníamos once años y ya las bromas y chistes eran cada vez más sexuales. Fue una de esas escasas mañanas lluviosas de invierno, cuando entrábamos al colegio y aún no amanecía. Por entonces, Franco ya hablaba con Iván sin imitarlo. Los reflectores blancos iluminaban la lluvia y la bandera flameaba en el patio desierto. Los abanderados la izaban y se mojaban, mientras largas filas de hombrecillos y sacerdotes abarrotaban las galerías sin luz. Mirábamos con atención el espectáculo desde la penumbra verdosa que irradiaba del veneciano que recubría las paredes, hipnotizados por la lluvia y el subir lento de las cadenas corroídas que pegaban en ecos contra el mástil. Al final de la fila, donde nadie los veía, los rostros de Iván y Franco tenían líneas de luz y manchas de oscuridad. Se miraban a los ojos y miraban al piso inmediatamente. Parecían estar jugando algún juego que no podía entender, o quizás planeando alguna broma al que estaba delante de ellos. La luz no los alcanzaba y luego de un rato se quedaron mirando fijo. ¿Qué mirada

era esa que sostenían el uno para el otro? De pronto, comenzaron los murmullos, las bochas de vidrio opalino que pendían de cadenas en la galería se encendieron y alumbraron los brumosos cielorrasos con una luz tenue amarilla. . El preceptor llamó la atención para que entremos a clase.

Varias semanas más tarde comenzaban las clases de atletismo. Íbamos a un salón especial en grupos de quince estudiantes y hacíamos saltos en las colchonetas descalzos. Quitarse las zapatillas y andar en medias nos daba una libertad mayúscula. Era la prueba de que aún permanecía esa efervescencia pueril de los infantes que debíamos dejar de ser. El colchón principal tenía un centro blanco percutido, que había devenido en un gris claro. Los estudiantes que aún no podían sostenerse con sus manos en posición vertical debían quedarse practicando. Yo siempre me quedaba ayudando, por el reconocimiento que implicaba. Desde que Iván se cayó al doblarse un brazo, Franco comenzó a quedarse para ayudarlo.

Recuerdo que en esas clases Iván llevaba su cámara de fotos y el flash nunca saltaba cuando estábamos en el aire. Había que calcular el tiempo para sacar la foto porque el obturador reaccionaba tarde y la foto salía vacía. Cuando Franco salía mal, intentaba quitarle la cámara y peleaban por borrar las fotos. Las sesiones fotográficas se volvieron una costumbre con el correr de los días. Aquella sala tenía forma de “L”, de modo tal que quien entraba por la puerta, no podía ver qué pasaba en el otro extremo. El último día de otoño, el profesor se fue y nos ordenó acomodar la sala. Recuerdo que Iván y Franco seguían peleando por la cámara cuando volví del baño. Esa vez la pelea era distinta. Me asomé por la esquina y detrás de una colchoneta de medio metro, Franco estaba encima de Iván, quien tenía las piernas abiertas e intentaba golpearlo, pero sin querer apartarlo. Franco lo sostenía con las dos manos y juntaba saliva en su boca.

- Abrí la boca - decía.

La baba caía lentamente, como un hilo. El rostro de Iván se enrojecía mientras el líquido se acercaba a su rostro. Movía su cabeza de lado a lado.

- ¡No! - gritaba.

- Sabés que la querés. Abrí la boca - Insistía Franco.

- ¡Basta!

La saliva volvía a subir. De pronto Franco la juntó y la escupió a un lado de las colchonetas. Desde afuera entraba la luz gris de la ciudad nublada. El smog de la calle había teñido los vidrios de la ventana. Franco acercó su cara a Iván y se dejó caer a su lado. Quedaron en la colchoneta naranja con sus mejillas juntas. De pronto se hicieron cosquillas y me fuí, cerrando la puerta con fuerza.

Por entonces mis pensamientos no tomaban forma concreta y divagaciones al respecto transcurrían en mi mente por horas sin llegar a una absolución. Era como una duda constante en los ratos libres de iglesia y capilla, que no dejaban de molestarme cuando comenzaba a rezar. Pensaba en lo que habíamos hablado en las clases de catequesis sobre niños “raros” y rezaba. Muchos de mis compañeros formaban amistades de a pares. Se juntaban todo el tiempo y nadie decía nada. Pensaba que no sucedía nada “Es normal, está en tu imaginación” me decía. Al fin y al cabo yo no sabía del todo cómo debían actuar los hombres. De cuando en cuando me preguntaba si mi forma de orinar era normal, o si debía sentarme o no. ¿Cómo cruzar las piernas? En medio de tanta confusión sobre la masculinidad, tenía que encontrar respuestas unívocas. Y los veía en la iglesia, al otro lado del altar, en las butacas de enfrente, llorando de la risa y haciendo chistes; y supongo que me alegraba por Iván, que nunca había podido adaptarse y pensaba bien de ellos, de su amistad, de sus extrañas maneras y sonrisas.

Esos jueves de misa eran mis preferidos. Teníamos cincuenta minutos menos de clase. Franco dejaba su grupo de amigos y se sentaba cerca de los que cantaban, con Iván al lado. En un determinado momento llegó el punto que quise saber de qué tanto se reían y comencé a sentarme cerca de ellos.

Recuerdo con gracia las imitaciones que hacía Franco del sacerdote y los comentarios maliciosos de Iván. Yo no podía dejar de reír. Una y otra vez hacían mímicas, susurros en voz alta y contenían la risa de forma tal que el preceptor pasaba una y otra vez a callarlos. Luego de comulgar, salíamos al patio por la sacristía. Como la puerta quedaba abierta, noté que muchas veces ellos volvían allí en los recreos, se metían cuando nadie estaba mirando. Me intrigaba saber qué hacían. Iván era buen alumno y los sacerdotes le tenían estima. Yo suponía que tenía que ver con eso, algo de llevar hostias de acá para allá,

limpiar las bandejas y cálices. Pero no podía dejar de pensar en sus sonrisas, en sus caricias extrañas y sus miradas foráneas.

Temía que me encontraran sin autorización, pero aquella vez entré en la iglesia después del recreo. Dejé mi campera a propósito y si alguien preguntaba, respondería que había ido a buscarla.

La puerta de la entrada rechinó cuando la abrí. Mi corazón palpitaba fuerte. Habían pasado al menos unos minutos desde que el timbre había sonado y ellos aún no habían regresado. Junté mi campera del banco alargado y me escondí detrás de las maderas labradas. Luego de un rato la puerta se abrió.

Los muros grises y húmedos eran alumbrados con escasez por un vitreaux descolorido al final de la sala. Una nube brillante de polvillo perlado parecía serpentear en el aire. Iván entró con la libertad de un niño y corrió hacia el otro lado del altar. Se adentró en la oscuridad. Franco caminaba detrás mirando hacia los costados, con cautela. Los pasos retumbaban en la inmensidad de la iglesia, sus techos puntiagudos y sus arañas brillantes. Los santos en los altares y sus lágrimas de sangre parecían más mórbidos cuando las luces estaban apagadas. A lo lejos, el sagrario dorado brillaba con intensidad, diminuto. En un momento los perdí de vista en la oscuridad. Sólo podía entrever sombras grises moviéndose entre los confesionarios góticos cercanos al final del pasillo.

Me acerqué. Me senté en la butaca al frente del confesionario cerrado. Debajo de mis dedos podía sentir la textura de mensajes escritos en la madera. Fuertes rayones con tipografías extrañas dibujaban nombres y años, días y apodos. ¿Por qué siempre veía a esos mensajes como voces de mayores? Aun cuando yo hubiera superado la edad de quienes los habían escrito, seguían representando a personas más grandes, más experimentadas, como si esos mensajes tuvieran una sabiduría legitimada por el simple hecho de precederme. En la penumbra, leí que uno decía “Franco” y al lado estaba escrito “Iván”.

- Jugamos a las novelas- me dijo Iván.

Franco no podía descifrar mi rostro. Me miraba a los ojos. Yo miraba los suyos, eran dos gotas verdes que flotaban en la oscuridad, atrapados, enclaustrados en el confesionario. Estaba desnudo. Su cuerpo lampiño y dorado, reflejaba la inocencia de su mirada.

No habían escuchado el ruido de la puerta cuando se abrió. Creo que sintieron el eco de los bancos cuando hice marcha atrás y caí sobre el reclinatorio. Jamás había visto a alguien desnudo, tampoco había visto esas películas de las que todos hablaban y se quedaban hasta altas horas de la noche para ver en los televisores del living.

- Perdón - dije - Quería ver qué hacían.
- Tengo un problema acá- dijo Franco. -Quería que él lo vea para que me diga que es. Noté que Iván también estaba desnudo.
- Claro - dije.

Mi entrepierna comenzó a molestar. Ya me había pasado, cuando pensaba con intensidad en lo que no debía pensar. Cuando desvariaba con esas pieles, formas y figuras de chicas y sentía culpa. Franco se acercó, su miembro estaba aún erecto. Mi entrepierna me molestó más. La iglesia de pronto pareció un lugar agradable, tibio. Mi entendimiento se nubló de somnolencia. Me miré. Franco miró. Abrió los ojos. Iván comenzó a sollozar, pero Franco habló.

- ¿Querés jugar con nosotros?